

y tranquilas aun en medio de su entusiasmo. Qué impresión causaran estas pláticas, que procedían de lo íntimo de su corazón, podremos colegirlo de las siguientes palabras, tan sencillas como conmovedoras, que pronunció pocos días antes de su muerte, cuando consumido por la fiebre y el insomnio, respondió á uno de sus hermanos, que le había preguntado cómo había pasado la noche: "El tiempo no se me hace largo. Hago oración y pienso que el Salvador es infinitamente bueno, y que es infinitamente dichoso, y con estos pensamientos siento aliviárseme la pena que me causa el pensar que yo soy malo y desdichado en la tierra!" Murió el día 26 de febrero de 1858.

El interés y celo del Padre Barelle en promover el progreso espiritual del noviciado y de las hermanas en general eran tan ardientes, que este Padre se daba á sí mismo el nombre de "apóstol de la orden del Sagrado Corazón". Siguiendo los deseos de la Madre Barat dirigió muchas veces los ejercicios anuales en Conflans, y visitó con frecuencia las otras casas de la orden, especialmente las del Mediodía de Francia. Su incesante solicitud por ellas de tal modo la apreció la Madre Barat, que sin él saberlo pidió al general de la Compañía de Jesús permiso escrito para llamarle en todas las casas de la orden donde quiera que se hallara. Este permiso fué concedido.

El Padre Barelle representaba á las hermanas en el lenguaje y la intención de sus pláticas al tan humilde como ferviente Padre Varín. El espíritu de la dirección interior de este religioso, se echa de ver en las siguientes palabras que en cierta ocasión pro-

nunció: "Jesús, nuestro Padre celestial, quiere que sus hijos se formen según el modelo de su santísimo corazón. El corazón es como el metal: sólo se funde en la fragua del sufrimiento y del sacrificio, sólo con el amoroso fuego que todo lo consume. ¡Cuán hermosa y magnífica se parece esta segunda creación, cuando está en ella misma la forma divina del corazón de Cristo!"



#### CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO.

##### EL TRÁNSITO.

**P**ENSANDO en la poca salud y en los achaques que casi constantemente padeció la venerable sierva de Dios, aun prescindiendo de las repetidas enfermedades que pusieron en peligro su vida, no pueden menos de causar admiración las arduas y continuadas obras que llevó á cabo como fundadora y superiora general por espacio de muchos años de una orden tan vasta como es la del Sagrado Corazón. Además del valor y extraordinaria actividad de la Madre Barat contribuyó á este resultado la protección especial de Dios, que la adornó de fortaleza celestial. Debe además considerarse como efecto de la bondadosa providencia de Dios, que la Madre Barat, á pesar de su flaqueza corporal, de tantos cuidados como pesaban sobre ella, y de tantas mortificaciones, trabajos, viajes y enfermedades, alcanzase una edad á la cual son pocas las personas que llegan aún en medio de comodidades y regalos, pues aunque el

año 1829 hubo de temerse por su vida, le fué dado permanecer entre sus hijas y discípulas hasta el de 1865. Cuando acabó su misión en la tierra, invocó á su eterno esposo pidiéndole el eterno descanso y bienaventuranza.

Nuestro Señor le envió primero mensajeros, según la expresión del Breviario, que le anunciasen la proximidad del esposo. Los cuales llamaron á sus puertas uno después de otro suavemente, pero de un modo perceptible. Los miembros de la santa se negaron á obedecerla: sus pies apenas podían sostenerla; su voz cada vez se tornaba más débil; el sueño huyó de sus párpados; la necesidad de sustentarse era cada vez menos sensible, y el decaimiento de sus fuerzas cada vez mayor. Cuanto mejor conocía la Madre que ya no podía permanecer mucho tiempo con sus hijas, tanto mayor era el celo con que procuraba instruir á su vicaria general en su propio espíritu y en la manera de gobernar á la orden. Su humildad la indujo á repetir muchas veces en sus prolongadas pláticas, que había desempeñado mal el cargo de superiora general, y que no había correspondido á los designios de Dios.

Otro de los mensajeros de la eterna patria fué la muerte de una de sus asistentas generales, la Madre de Brou, que voló al eterno descanso el mismo día en que la Madre Barat cumplió 85 años, diciendo al morir: "¡O Jesús, mi Señor, mi Maestro, mi todo: ven y busca á tu esposa! ¡Condúcela á las eternas moradas!"

No parece sino que estas palabras de aquella madre en el trance de la muerte parecían dicta-

das por la Madre Barat y en su nombre. Por lo menos el espíritu de esta oración convenía más que nunca con el suyo. Hé aquí las palabras que ordinariamente pronunciaba: "Ahora tengo que disponer tal ó cual cosa; después quiero ir al Padre." Cada vez reinaba más y más en su corazón el anhelo por ir á Jesús, y al mismo tiempo crecía en ella el deseo de inflamar más y más en el amor de Cristo el corazón de sus hijas. "Decid á vuestras hermanas," repetía con frecuencia á una superiora, "que amen muy de corazón á Nuestro Señor y Salvador, á Nuestro Señor y á las almas, y que á estas las amen como Él las ha amado, es decir, hasta sufrir y ofrecerse por ellas en sacrificio." Así también en la felicitación por el año nuevo de 1865: "Cuando escribimos", decía, "solemos subrayar las palabras á que queremos dar mayor expresión. Pues, hijas mías, las que yo subrayo, son éstas: *Todo, absolutamente todo, por el Corazón de Jesús.*"

Al entrar la primavera concibieron de nuevo las hermanas alguna esperanza; pero la Madre Barat no participaba de ella, según se echa de ver en todas las cartas que escribió en los meses de marzo y abril.

Por entonces llegó de Amiens una triste noticia: la que "fué cuna de la orden del Sagrado Corazón", el primero y más antiguo monumento que daba testimonio de aquellos principios laboriosos y de aquellos sacrificios penosos que eran coronados con santa alegría, había sido destruído. Esta noticia causó en el corazón de la Madre Barat el dolor de un verdadero

sacrificio, y fué un nuevo golpe á los inocentes lazos que aun la encadenaban á la tierra.

Así se acercaba el mes de mayo. El día 9 de este mes se despidió, sin advertir que era la última despedida, de las niñas del pensionado. Á estas puras almas infantiles, para que Dios morara en ellas, había consagrado las mejores fuerzas de su vida; y todavía, á pesar del decaimiento en que estaba, quería procurarles nueva alegría. Después de haber repartido frutos y golosinas á la inocente turba y de haber hablado con ellas, les exigió que le prometieran que jamás ofenderían al divino Salvador. ¡Qué no habrían prometido aquellas niñas á su amada Madre! “Pues si vosotras, hijas mías,” les decía la Madre Barat, “cumplís vuestra palabra, nos volveremos á ver en compañía de Jesús y de María.” Después les dió la bendición y se despidió de ellas. El camino del cielo se hacía ya más corto después de esta despedida.

Acercábase la fiesta de la Ascensión. El 21 de mayo, domingo anterior á esta fiesta, que debe suscitar en todos los cristianos un vivo deseo del cielo, hizo la Madre Barat otra visita de despedida. Á la hora del recreo del medio día se presentó entre las hermanas del tercer año de probación, y les habló más claramente que á las niñas. “Me apresuro á venir á vosotras, porque *¡el jueves al cielo!* Por esto deseaba yo que nos viéramos esta otra vez.” Las hermanas oyeron estas palabras, pero sólo les atribuyeron un sentido espiritual; nadie pensó en darles un sentido literal, y menos aun hallándose como se hallaba la Madre serena y en todo su juicio. Hablaba mucho de

los estragos y desolación que produce en el pueblo la enseñanza irreligiosa; y de aquí concluía que sus hijas, llamadas por su parte á enseñar, debían emprender toda obra oportuna con buena voluntad y espíritu de sacrificio para contribuir á extirpar este cáncer social.

Las hermanas legas aprovecharon la ocasión favorable para colocarse por donde había de pasar la Madre Barat y oír de sus labios algunas palabras amorosas. La superiora general les habló de las virtudes especialmente necesarias en su estado. “Sed siempre, amadas hijas, muy humildes,” les dijo, “pues si en la escala de la virtud falta el peldaño de la humildad, no es posible subir al cielo.” Y dando algunos pasos se volvió de nuevo á ellas y añadió: “Rogad por mí luego que me tome la muerte.” ¡Nueva despedida y nuevo paso hacia la despedida final! Por la tarde escribió la Madre Barat una carta de ocho páginas á la superiora de Riedenburgo, dando en ella magnífico testimonio de su libertad de espíritu y fortaleza de ánimo. Esta fué su despedida de las hermanas que estaban lejos de ella, esta su última carta. Después hizo de rodillas la oración de la tarde y salió del coro como la última de las hermanas.

Amaneció el día 22 de mayo. En este día se levantó la superiora general según costumbre á las cinco de la mañana, y poco después quedó profundamente engolfada en meditación. Estaba de rodillas, con el crucifijo en las manos, y como fuera de sí, de suerte que no oyó á la hermana enfermera que llamó repetidas veces. Durante la misa llamó la atención su gran recogimiento, mayor aun que de ordinario;

hasta las ocho y media duró en la acción de gracias, y después se retiró á su celda. Aquí repasó la correspondencia que entretanto había llegado, y habiendo salido al desayuno dijo á la enfermera que acababa de llegar: "Hoy no me encuentro del todo bien."— Inmediatamente después se llevó de repente las manos á la cabeza diciendo: "¡Mi cabeza, mi cabeza!" Parecía que iba á sobrevenirle una congoja, pero no consintió la enferma que la llevaran á acostarse, aunque por último tuvo que acceder á la instancia de las hermanas. Apresuróse á venir inmediatamente la Madre Goetz, que también se hallaba enferma; la cual se sorprendió ante el estado de la Madre Barat, pálida como un cadáver, inmóvil, con los ojos cerrados y las facciones desfiguradas. Todavía habló la enferma algunas palabras, pero de repente perdió el uso de la lengua. Los tres médicos que inmediatamente llegaron, dijeron que aquello era una apoplejía. Todo cuanto hicieron por alejar el peligro ó curar á la enferma, fué en vano. Ya no pudo volver á pronunciar palabra. El silencio de la muerte descendió sobre ella.

Hacia algún tiempo había dicho en presencia de varias de sus hijas: "Si Dios accede á mis ruegos, no hablaré palabra en el trance de la muerte: en este caso no podrán ser repetidas mis últimas palabras." Dios quiso acceder á las súplicas de su humilde sierva; la Sociedad del Sagrado Corazón había ya oído repetidas veces en los últimos tiempos del modo más conmovedor el testamento espiritual de su fundadora. Sin pérdida de tiempo fueron administrados á la enferma los santos sacramentos. Su confesor, el

P. Gamard, de la Compañía de Jesús, la confesó por señas, y á eso del medio día le administró el santo viático. Entretanto el rostro de la venerable Madre había recobrado su tranquilidad ordinaria.

En los días siguientes permaneció inmóvil y con los ojos cerrados. Pero cuando la vicaria general le pidió la bendición para toda la orden, levantó al punto la mano. La prontitud con que de este modo respondió á los deseos de la vicaria general, de tal modo conmovió á las hermanas que rodeaban su lecho, que no pudieron menos de derramar abundantes lágrimas. También tomó parte la moribunda en las oraciones que se decían; quiso besar el crucifijo, darse golpes de pecho ó hacer la señal de la cruz. Entretanto la Madre Goetz había pedido por telégrafo la bendición pontificia, que le fué transmitida al punto por medio de Monseñor Merode aquella misma noche, de suerte que la Madre Barat pudo recibir este consuelo la mañana del día 24. Como uno de los médicos le levantara un poco el párpado derecho y le rogara que oprimiera la mano de la vicaria general en señal de que aun conservaba el conocimiento, ella volvió el rostro hacia la Madre Goetz y le estrechó la mano con maternal afecto.

Acercábase el jueves, fiesta de la Ascensión del Señor, á la cual había aludido la enferma; su estado se empeoraba á cada momento, y el pulso era cada vez más débil. Hacia las nueve y media de la noche del jueves se presentaron señales de próxima muerte. El Padre Gamard le dió repetidas veces la absolución y dijo las oraciones de los moribundos. La respira-

ción de la enferma era cada vez más tenue. Próximamente serían las once de la noche cuando la Madre Barat entregó su alma en las manos de Dios. Era la última hora del día en que celebra la Iglesia la Ascensión del Señor, del cual había dicho el domingo anterior: "¡El jueves al cielo!"

La Madre Barat había muerto humilde y silenciosamente como había querido vivir; pero su vida no había sido estéril; no fué á presentarse con las manos vacías en presencia de su esposo y de su juez. En toda la tierra lloraban de rodillas á su madre numerosas hijas; mil trescientas sesenta y ocho religiosas del Sagrado Corazón, orden fundada por ella, la habían precedido y esperaban en el cielo, como piadosamente creemos, á su amada madre, para introducirla en las moradas donde ellas gozan de la alegría del Señor.

El cuerpo fué puesto sobre un túmulo, y no sólo las religiosas y las educandas sino multitud de extraños vinieron á ver á aquella Madre bienhechora y á honrarla por última vez; y allí permanecieron mostrando el respeto y el elevado concepto que tenían de ella. Para satisfacer los piadosos deseos de muchos fieles fué preciso que varias hermanas tocasen objetos piadosos á aquellos venerados restos mortales. Yacía la Rev. Madre vestida con el hábito de la orden, ceñida la cabeza con una corona de rosas blancas, y el crucifijo, el rosario y un ramo de azucenas en las manos. Sus facciones expresaban la misma paz y tranquilidad que de ordinario, un cómo reflejo de aquella paz bienaventurada en cuya posesión había entrado su alma.

El lunes siguiente, 29 de mayo, se celebró el oficio solemne de difuntos en la capilla privada del convento de París. Cuando después de la misa fué sacado el cadáver de la clausura y alejado de aquellos lugares, rompieron en sollozos las niñas á quienes la sierva de Dios había bendecido y exhortado pocos días antes, y extendieron los brazos hacia la caja, como si quisieran que se quedara con ellas su venerada Madre. El cortejo fúnebre, extraordinariamente numeroso, y en el cual se veían especialmente los pobres, que tan frecuentemente habían sido socorridos por la difunta, tomó el camino de Conflans; allí, en una bóveda, debajo de la capilla de la Dolorosa, descansan los restos de la venerable sierva de Dios.

Una losa de mármol sin adorno ninguno cubre el sepulcro. Debajo de los Corazones de Jesús y de María, escudos de la Sociedad, cercados de azucenas, se lee la siguiente inscripción compuesta por el Padre A. Angelini, S. J.:

Hic quiescit in pace Christi  
MAGDALENA LUDOVICA SOPHIA BARAT,  
Quae Societatem virginum a Corde D. N. Jesu constituit  
Et mira suavitate et prudentia rexit añ. LXII.  
Quo latius eam fundi et florere conspexit,  
Eo demissius se abjecit uni Deo omnia tribuens.  
Decessit VIII. Kal. Jun. festo die Christi ascendentis  
in coelum  
Añ. MDCCCLXV annos nata LXXXV. m. V. d. XIII.

Ave et vale, bona mater,  
Vive in Deo, memor nostrum  
Quas divino Cordi genuisti.

“Aquí descansa en la paz de Cristo Magdalena Luisa Sofia Barat, fundadora de la Sociedad de Virgenes del Corazón de Jesús Nuestro Señor, á la cual por espacio de 62 años rigió con admirable suavidad y prudencia. Cuanto más vió extenderse y florecer su obra, más ella se humilló atribuyendo todo el honor á Dios solo. Murió el 25 de mayo, fiesta de la Ascensión del Señor, año de 1865, á la edad de 85 años, 5 meses y 13 días. Adiós, cara y bendita Madre. Vive en Dios y acuérdate de nosotras á quienes has engendrado para el divino Corazón.”



CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO.

LAS VIRTUDES DE LA VENERABLE MADRE BARAT. — CONCLUSIÓN.

ASÍ como quedó defraudada le esperanza de oír de boca de la Madre Barat á la hora de su muerte algunas palabras memorables, así también fué vana la de hallar abundantes escritos suyos, en que se descubrieran los misterios de la gracia, y especiales indicaciones acerca de su vida interior. Todo esto lo había destruído la Madre Barat á tiempo. Sólo se salvó una hoja, que contenía en forma de testamento, fechado en abril de 1863, varias comunicaciones prácticas dirigidas á las religiosas del consejo de la orden, y terminaba con la confesión de su humildad á vista de “su gobierno tan defectuoso y más miserable”.—“El Corazón de nuestro misericordioso Salvador me perdone.”

Aquella comunicación que había mediado entre su alma y el divino Salvador, sólo á ella importaba, y el revelarla, más habría servido para satisfacer una santa curiosidad, que para edificar á las demás. “Tienen las reglas, tienen mis consejos y sobre todo tienen á los padres y superiores espirituales”, diría la venerada difunta. Hubiera podido añadir que tenían también una cosa: los magníficos ejemplos de virtud que como la primera y la superiora de la orden había dado á todas sus hijas y sucesoras.

Este es pues el lugar de trazar en breves líneas el cuadro de su vida virtuosa, antes de separarnos del sepulcro de la Bienaventurada. También aquí se cumplen aquellas palabras: “*Defunctus adhuc loquitur*. Todavía habla el difunto”; y sus palabras son éstas: “*Todo, absolutamente todo, por el Corazón de Jesús.*”

Fijó siempre su ánimo en lo que dijo á las hermanas legas cuando se despidió de ellas, hablándoles del fundamento de la verdadera santidad, á saber, que en la escala de la virtud sin el peldaño de la humildad no se puede llegar al cielo. Jamás dejó de tener presente esta verdad fundamental de la vida cristiana, tanto más cuanto más especialmente necesaria era en ella una humildad profunda é inalterable en razón de su elevado cargo y de la responsabilidad que de él procedía. En cada una de sus palabras se echaba de ver cuán penetrada estaba del espíritu de la humildad.

“San Juan”, decía la Madre Barat, “no cesaba de repetir en sus últimos tiempos estas palabras á sus discípulos: ‘Hijos míos, amaos los unos á los otros.’ Pues yo por mi parte no dejaré de repetir hasta mi